

trasmitian las órdenes de Napoleon, que sostenia y presidia aquella doble lucha.

El primer ataque de Tchitchakoff hizo replegar á la legion del Vístula sobre la derecha. Muchos generales fueron heridos, y entre otros Oudinot, que fué levantado del campo de batalla. Napoleon dió el mando de sus tropas al mariscal Ney, quien tomó al momento una vigorosa ofensiva. Formando en columna á los coraceros de Doumerc, y poniéndose á su cabeza, penetró en los cuadros rusos, los acuchilló y los rechazó en desórden sobre Stakow. En vano Tchitchakoff agotó una por una todas sus reservas; nada pudo detener el ímpetu de Ney. Los rusos retrocedieron azorados y los franceses se hicieron dueños de los desemboques.

Sobre la otra ribera la mision de Víctor era mas difícil; el enemigo era cuatro veces mas numeroso que él, y no tenia mas retirada que un estrecho y débil puente obstruido por bagages y rezagados. Pero con las dificultades creció su energía. No parece sino que en aquella campaña memorable á cada mariscal llegaba su turno de tener su dia de heroísmo. Bajo el fuego de cuarenta mil hombres y en medio de las mas espantosas escenas de desórden ocasionadas por los rezagados, Víctor, con su reducida tropa, no solamente rechazó todos los ataques de los rusos, sino que se lanzó muchas veces sobre ellos, obligándolos á defenderse.

Allí se vió á Dubois, el coronel de coraceros, con

trescientos caballos extenuados, romper, acuchillar, y desarmar á un cuadro de siete mil infantes, mereciendo ser nombrado general por un decreto firmado sobre el mismo campo de batalla.

Estupefactos los rusos ante tanto valor, abandonaron el terreno, despues de haber perdido cerca de diez mil hombres. Víctor comenzó su retirada á las nueve de la noche, y á la una de la mañana su cuerpo entero habia pasado ya en un órden perfecto, con toda su artillería, no dejando sobre la márgen izquierda mas que una débil retaguardia.

Los rezagados que quedaban todavía, volvieron á caer en su apatía; ni las súplicas, ni las amenazas, pudieron hacerlos salir de su vivac, que debia ser el último para muchos de ellos. No se movieron sino hasta el momento en que á la madrugada del 29 se dirigian los zapadores á quemar los puentes. Entónces se precipitaron todos á un tiempo, y poseidos de una rabia tardía, y luchando con encarnizamiento, se daban entre sí furiosos combates. Pero era necesario ejecutar las órdenes dictadas por una dura necesidad, y muy pronto se desplomaron los puentes en medio de las llamas. Entónces resonó un profundo grito de agonía entre aquellos infelices abandonados en la ribera y separados para siempre de sus hermanos y de su patria.

Pero junto á este desastre, ¡ cuánto valor y cuánta abnegacion entre los generales y soldados, y cuánto genio y cuánta grandeza en Napoleon! No se le

puede rendir mejor homenaje que el de consignar las palabras de un ayudante de campo del emperador Alejandro que escribió la historia de aquella campaña, y refiriéndose á la retirada se expresa en los términos siguientes :

« En esta importante circunstancia la conducta del emperador de los franceses fué superior á todo elogio. El inminente peligro en que se encontró reanimaba todavía mas su genio militar. Embestido por todas partes no perdió la cabeza ; engañó con sus hábiles demostraciones á los generales contrarios, y deslizándose, por decirlo así, entre los ejércitos que se apresuraban á caer sobre él, ejecutó su paso en un punto bien escogido, donde las ventajas del terreno eran suyas. El mal estado de los puentes, cuya construcción no estaba en su mano remediar, fué la causa única de que haciéndose lenta la operación fuese también muy peligrosa. Así es que las grandes pérdidas que sufrieron los franceses no pueden ser atribuidas á Napoleon, sino á las desgraciadas circunstancias en que se encontró su ejército, y que él no podía neutralizar. »

Pero tanta gloria y genio tanto debían ser inútiles. El auxiliar mas peligroso de los rusos, un enemigo á quien no se podía combatir, el frío, causó horrorosos estragos en las filas de los vencedores del Berezina. Y aunque en la prosecución de la retirada las operaciones de la guerra se redujeron á débiles combates, las bajas siguieron aumentando

de una manera exagerada en el ejército, porque los vivacs eran mas mortíferos que las batallas.

El 3 de diciembre, al llegar el emperador á Malodeczno, recibió comunicaciones de Paris con desagradables noticias respecto á la política, y en junta compuesta de sus principales mariscales se acordó que dejando el mando del ejército á Murat, se dirigiese violentamente á la capital del imperio, dejando sus instrucciones para proseguir la retirada.

En fin, el 13 de diciembre, despues de cuarenta y seis dias de marchas, de combates y de privaciones, el ejército volvió á pasar el Niemen en Kowno. El emperador habia prevenido en sus instrucciones que se hiciera alto en aquella ciudad ; pero los rusos se presentaron ante ella casi al mismo tiempo que los franceses, los cuales tuvieron que evacuar la plaza, dirigiéndose unos para Varsovia, y otros, que componian el mayor número, mandados por Murat en persona, tomaron el camino de Koenigsberg.

En el momento en que Ney, con una débil retaguardia, quiso evacuar la ciudad, encontró el puente del Niemen ocupado por los rusos. El intrépido mariscal se hizo soldado, tomó un fusil, y precipitándose sobre el enemigo á la cabeza de cuarenta valientes, se abrió paso. Fiel hasta el extremo á la sublime abnegacion que se habia impuesto, fué el último en salir del fatal suelo de la Rusia.

Así terminó aquella memorable expedicion en que todo fué gigantesco, hasta la desgracia ; primer revers

de Napoleon, que debia ser precursor de otros. En el mes de junio seiscientos mil hombres habian atravesado el Niemen; solo ciento veintisiete mil le volvieron á pasar en diciembre. El resto del ejército grande habia sido muerto ó prisionero.

Nos parece oportuno hacer algunas observaciones, muy importantes en nuestro concepto, y que tienden á destruir las falsas inteligencias sobre el mando supremo de un ejército, que no dejan de ejercer cierta influencia funesta en el curso general de las operaciones de la guerra.

Se cree generalmente, y sobre todo, en nuestro país, que un general en jefe debe presidir con su accion y su presencia á todos los actos, á todas las peripecias á que da lugar una campaña. Se cree que la accion de los tenientes de un ejército es casi nula, ó al ménos tan insignificante, que para conferir el mando de una gran fraccion táctica se tiene en cuenta, cuando mucho, el valor, pero en manera alguna la pericia y la profunda instruccion en el arma que se le da á mandar. ¿Y por qué semejante aberracion? Por la falsísima idea de que basta la instruccion del general en jefe para suplir á todo, pues se dice que como los tenientes del ejército no tienen mas que obedecer, con su obediencia ciega concurren al plan general. Este sistema, pésimo siempre, se observaba en la antigüedad, cuando las

batallas eran lo mas metódicas posible y los ejércitos obraban en masa, y cuando no se conocia en las líneas mayores fracciones tácticas que *el centro* y *las dos alas*. Pero ¿puede concebirse tal concentracion absoluta en el mando, hoy, que se opera con cuerpos de ejército diseminados en un extenso teatro de operaciones? ¿hoy, que la configuracion de las líneas de batalla nada tiene de regular, sino que, como lo hemos visto, su conjunto es, por sus puntos entrantes y salientes, una especie de frente fortificado? Nó, segun el moderno sistema de combate, la extension del mando tiene ciertos límites, y deja á los diferentes comandantes de cuerpo de ejército ó de divisiones, cierta libertad de accion y de iniciativa, así como una gran responsabilidad.

Ya sabemos que el general en jefe reconoce á su enemigo por medio de sus vanguardias y estados mayores, adopta un plan de campaña, y comunicándole á quien corresponde, y dando las órdenes é instrucciones precisas, procede inmediatamente á su ejecucion.

Pero las instrucciones que expide no pueden humanamente prever todos los casos; no puede estar de antemano al tanto de todas las eventualidades, y tal es precisamente el caso de una libertad de accion y de iniciativa de los tenientes generales, tanto mas provechosa cuanto que abre un vasto campo á las nobles aspiraciones, puesto que tendrán los jefes la ocasion de distinguirse por su valor

y sus conocimientos, y de dar á conocer su genio militar cuando le posean.

Muy al contrario sucede cuando el general en jefe ejerce el mando revistiéndole de un odioso carácter absoluto; la frialdad, la indiferencia y hasta el desaliento invadirán sordamente las filas del ejército, y los resultados de cualquiera operacion serán, por lo ménos, incompletos.

En todo reves, en todo contra tiempo, todo el mundo echará la culpa al que ha querido aceptar para sí toda la responsabilidad, y algunas veces de una manera tan cándida, que parece verdaderamente increíble.

De tantos ejemplos que nos ocurren en comprobacion de esta verdad, solo referiremos uno, que tuvo lugar en el memorable sitio de Querétaro. Pocos ignoran que en la jornada del 27 de abril cuatro mil hombres, al mando del general Miramon, hicieron una vigorosa salida sobre la posicion del Cimatario, cuya guarnicion pasaba de nueve mil hombres. Estas fuerzas no resistieron al choque, y se desbandaron casi sin pelear, abandonando todas sus baterías, sus parques generales y proveedurías. Preguntando el autor de este libro, algunos dias despues de este acontecimiento, á uno de los jefes de brigada, en qué había consistido tal desastre, siendo así que los asaltantes eran muy inferiores en número, tuvo la ocurrencia de responder:

« ¿Qué quiere usted? Cuando no se recibe órdenes

no sabe uno qué hacer. Veo salir al enemigo, nada de órdenes; se nos echa encima, nada de órdenes; veo que procura flanquearme, y nada de órdenes; entónces me retiro y abandono la línea.

« — Pero, señor, le dije, ¿acaso cuando se guarnece un puesto se necesita recibir órdenes para defenderlo? »

« — Preciso, me respondió, ¿cómo quiere usted que se eche uno encima responsabilidades que no tiene, obrando por su propia cuenta? »

He ahí á lo que conduce que un jefe no conozca su mision en el campo de batalla; he ahí el resultado de la falsa inteligencia respecto del mando superior y de los mandos parciales en un ejército.

He insistido sobre este particular porque deseo que se destierre para siempre de mi país tan fatal costumbre, y que cada jefe sepa que en la mayor parte de las ocasiones tiene que obrar por su propia iniciativa en los combates, aunque siempre de acuerdo con el plan general.

En una palabra, deseo que todo el mundo comprenda que segun el moderno sistema de combatir, ni el general en jefe puede ponerse á desempeñar el papel de sus tenientes, ni estos deben constituirse en ciegos instrumentos pasivos; sino que, por el contrario, tienen la obligacion de interpretar fielmente, y con inteligencia y saber, el pensamiento de su general, y obrar en el momento dado segun lo exijan las circunstancias; y cuando ya próximos al

enemigo marchen independientemente en su busca, y á la cabeza de las tropas de su propio mando, escuchen la voz del cañon, no tienen que vacilar ni que esperar órdenes, sino que se dirigirán velozmente y por el camino mas corto al lugar de la accion para tener la gloria de tomar parte en ella.

Si se lee con atencion la historia de la guerra franco-prusiana, se verá claramente que á la estricta observancia de esta regla debieron los prusianos en su mayor parte sus espléndidas victorias.

Para el momento de obrar, la presencia del general en jefe, que habrá ya hecho conocer su plan y expedido sus instrucciones, no es del todo indispensable. Por eso el ilustre general aleman Moltke ha dicho que una vez declarada la guerra podria él, desde su gabinete, dirigir las operaciones.

## CAPÍTULO OCTAVO

Ataque y defensa de las plazas. — Plazas de guerra. — Fuertes de detencion. — Plazas de depósito. — Plazas de maniobras. — Sorpresa de una plaza fuerte. — Embestida. — Sitio en regla. — Trabajos de aproche. — Zapa volante. — llena, — semillena, — doble, — semidoble. — Preparacion. — Ataque distante, — inmediato. — Defensa. — Obras de contra-aproche. — Capitulacion.

Ya hemos dicho que no podemos entrar en minuciosos detalles sobre el ataque y la defensa de las plazas fuertes, por corresponder dicha instruccion á otra clase de obras que atañen esencialmente á los oficiales de ingenieros; pero no por ello debemos dispensarnos de consignar todos los preceptos y establecer todas las reglas generales que exige una parte tan importante de la ciencia de la guerra.

Creemos que así tendrán todos los jefes y oficiales